



EL ADVENTISMO ORIGINAL PIONERO

8 de Marzo de 2026



La Expiación

*desde la Apostasía
Alfa a la Omega (p.13)*

Magisterio VS
Sola Escritura
(p.3)

Cristo en
nuestra carne
(p.9)



¿Quién tiene la última palabra en la fe: la Escritura o el magisterio humano?

Esa pregunta, incómoda pero inevitable, abre el nuevo número de nuestra revista. Y no es una discusión menor. En nuestro primer artículo, **“Magisterio versus Sola Escritura”**, enfrentamos directamente el argumento del magisterio católico que afirma poseer la autoridad exclusiva para interpretar la Biblia. Pero la pregunta sigue en pie: si Cristo es el Maestro y la Escritura es la Palabra de Dios, ¿puede algún magisterio colocarse por encima de ella?

Luego, nuestro hermano Freddy Bastidas nos invita a reflexionar con **“Cristo en nuestra carne”**, un estudio que aborda la naturaleza humana de Cristo desde una perspectiva desafiante y profundamente bíblica. Si Cristo fue hecho en todo semejante a sus hermanos, ¿qué implica esto para nuestra comprensión del nuevo nacimiento y de la victoria sobre el pecado?

Finalmente, cerramos con un tema que toca el corazón mismo del mensaje

adventista: **“La expiación desde la apostasía alfa a la omega”**.

Analizamos cómo esta doctrina fue amenazada en la apostasía alfa y cómo, décadas después, la controversia reapareció en las conferencias evangélicas de 1955 y en el libro *Questions on Doctrine*, asociado a LeRoy Froom.

Tres artículos, una misma tensión: ¿permaneceremos fieles a la verdad recibida o permitiremos que la historia y la presión teológica la redefinan? La conversación está abierta. ¿Estamos dispuestos a tenerla?

En Su gracia,
El equipo editorial

EDITORA:

www.antorchaprofetica.site

DIRECTOR:

John García.
johngarcia144000@gmail.com
+34.650.86.38.11

YOUTUBE:

[https://www.youtube.com/
@antorchaprofetica](https://www.youtube.com/@antorchaprofetica)

INSTAGRAM:

[https://www.instagram.com/
antorchaprofetica/](https://www.instagram.com/antorchaprofetica/)

FACEBOOK:

[https://www.facebook.com/
LaAntorchaProfetica](https://www.facebook.com/LaAntorchaProfetica)

¿Quién puede interpretar la Biblia?

La autoridad de las Escrituras frente al Magisterio humano según Mateo 22 y 23

Por: John Garcia

El tema central de esta reflexión es una pregunta de profundo calado teológico: ¿quién tiene la autoridad para interpretar la Biblia? ¿La Biblia se interpreta a sí misma, o es necesario combinarla con una autoridad magisterial externa? Para abordarla, el estudio se centra en dos capítulos del Evangelio de Mateo —el capítulo 22 y el capítulo 23— cuyos episodios ofrecen una respuesta elocuente.

Antes de entrar en el texto bíblico, conviene observar que, aunque la respuesta doctrinal no siempre esté clara para todos, la actitud práctica suele revelarla. Cuando surge una duda sobre la Escritura o sobre Dios, la reacción espontánea de cada persona —acudir al pastor, dirigirse a Dios en oración o abrir la Biblia— delata a quién considera autoridad para interpretar las Escrituras.

La semana de la pasión: tres controversias, dos grupos

El capítulo 22 de Mateo describe una jornada del martes de la semana de la pasión —la semana en que Jesucristo entra en Jerusalén, es entregado, crucificado, muerto y resucitado— durante la cual Jesús sostiene controversias con tres grupos distintos: los herodianos, los saduceos y los fariseos. El estudio se enfoca en las dos últimas: la controversia con los saduceos y la controversia con los fariseos.

Primera controversia: Jesús y los saduceos (Mateo 22:23-33)

El versículo 23 presenta a los saduceos acercándose a Jesús. Mateo los define de inmediato: son quienes afirman que no hay resurrección. Según el libro de los Hechos, su negación alcanzaba también al Espíritu Santo y a los ángeles; en suma, para los saduceos no existía el mundo espiritual. Creían que Dios había creado todas las cosas, pero que no intervenía en la historia humana —una cosmovisión que siglos después se conocería como deísmo—, por lo que se les calificaba de materialistas.

Los saduceos se presentan ante Jesús con un caso hipotético construido sobre la ley del levirato (Deuteronomio 25:5): si siete hermanos se casaron sucesivamente con la misma mujer sin engendrar hijos, y finalmente también ella murió, ¿de cuál de los siete sería esposa en la resurrección? Esta pregunta era su arma habitual en los debates contra los fariseos —que sí creían

JESÚS CERRÓ LA BOCA A LOS TEÓLOGOS



Nadie pudo responder ni atreverse a preguntarle más.

(Mateo 22:46)

en la resurrección—, quienes no sabían responderla. Con ella pretendían acallar también a Jesús.

La respuesta de Jesús revela cuál era el error de fondo: "Erráis, porque ignoráis las Escrituras e ignoráis el poder de Dios" (v. 29). La ignorancia señalada tiene dos dimensiones. La primera, ignorar el poder de Dios: los saduceos limitaban la existencia humana a la única forma que conocían, sin considerar que el mismo Dios que creó al ser humano, a los ángeles y a los animales —cada uno con una forma de vida distinta— podía establecer una vida diferente tras la resurrección. "En la resurrección ni los hombres tomarán mujeres ni las mujeres tomarán maridos; serán como ángeles de Dios en el cielo" (v. 30).

La segunda dimensión, ignorar las Escrituras, queda expuesta en los versículos 31-32. Jesús cita el libro del Éxodo —texto perteneciente al Pentateuco, la única escritura que los saduceos aceptaban— donde Dios se presenta a Moisés en la zarza ardiente con las palabras: "Yo soy el Dios de Abraham, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob" (Éxodo 3:6). El comentario de Jesús es preciso: Dios no dice "yo fui", sino "yo soy". En el pensamiento saduceo, quien ha muerto ya no tiene ninguna esperanza, por lo que Dios habría dicho "yo fui el Dios de Abraham"; sin embargo, habla en presente. Jesús concluye: "Dios no es Dios de muertos, sino de vivos", porque para él todos viven. La resurrección es una realidad para Dios antes de que ocurra, puesto que él no está sujeto al tiempo ni a la mentira; el lapso que Abraham, Isaac y Jacob llevan

durmiendo es apenas efímero ante quien experimenta mil años como un día.

La conclusión es inequívoca: quienes se presentaban como maestros de la Escritura ignoraban la Torá —que ellos mismos aceptaban— e ignoraban el poder de Dios. El episodio termina con las gentes atónitas ante la enseñanza de Jesús (v. 33): en lugar de que los saduceos acallaran a Jesús, quedaron ellos mismos sin respuesta.

IGNORAN LAS ESCRITURAS



Segunda controversia: Jesús y los fariseos (Mateo 22:34-46)

Al saber que Jesús había cerrado la boca a los saduceos, los fariseos se reunieron y enviaron a uno de los suyos, un intérprete de la ley, con una pregunta-trampa: "¿Cuál es el mandamiento grande en la ley?" (v. 35-36). La formulación misma de la pregunta deja al descubierto el primer problema de los fariseos: su convicción de que existía una jerarquía entre los mandamientos —algunos "grandes" y otros "pequeños"—, siendo estos últimos susceptibles de quebrarse sin mayor consecuencia. Este concepto es

precisamente el que Jesús había denunciado en Mateo 5:19, donde advierte que aun el mandamiento más pequeño debe enseñarse y guardarse. Jesús responde (vv. 37-40) citando los dos mandamientos fundamentales: amar a Dios con todo el corazón, el alma y la mente —"este es el primero y grande mandamiento"— y amar al prójimo como a uno mismo, que es "semejante" al primero, es decir, igualmente importante. El apóstol Juan comprendió esta unidad cuando escribió que quien no ama a su hermano, a quien ha visto, no puede amar a Dios, a quien no ha visto; y que quien ama al prójimo ha conocido a Dios, porque Dios es amor. Por eso Jesús concluye en el versículo 40: "De estos dos mandamientos depende toda la ley y los profetas."

En ambas controversias —con saduceos y con fariseos— Jesús ha respondido apelando a la Escritura y ha demostrado que la enseñanza de estos maestros era contraria a ella. Esto prueba que ningún magisterio puede colocarse por encima o al mismo nivel de las Escrituras, pues en la mayor parte de los casos ignora las Escrituras e ignora el poder de Dios; y cuando cree en ellas, tiende a establecer jerarquías entre sus preceptos.

A continuación, es Jesús quien toma la iniciativa y pregunta a los fariseos: "¿Qué os parece del Cristo? ¿De quién es hijo?" (v. 42). Jesús no pregunta qué piensan de él —lo que habría exigido a sus interlocutores reconocerle como Mesías, algo que considerarían una blasfemia—, sino sobre la naturaleza del Mesías profetizado. Los fariseos responden sin dudar: "De David", revelando así su segundo problema: concebían al Mesías únicamente como un ser humano, descendiente del linaje davídico. Jesús los confronta con el Salmo 110:1, un texto que los fariseos aceptaban como escritura y consideraban mesiánico. Allí

David llama "Señor" —Adonay— a su propio descendiente. Jesús subraya que David habló en el Espíritu, para dejar claro que esa palabra no es invención suya, sino inspirada por Dios. La pregunta retórica es contundente: si David le llama Señor, ¿cómo puede ser simplemente su hijo? Los fariseos no pudieron responder, porque la respuesta ya estaba contenida en la pregunta: el Mesías es más que un hijo de David; posee una dimensión divina que ellos —maestros de Israel— ignoraban. El caso de Nicodemo, quien pese a ser un maestro favorable a Jesús desconocía la enseñanza del nuevo nacimiento, confirma que el problema no era de antagonismo, sino de desconocimiento de las Escrituras.

El discurso sobre los fariseos: Mateo 23

Tras este doble enfrentamiento —en el que nadie pudo responderle ni atreverse a preguntarle más (v. 46)— Jesús dirige a las gentes y a sus discípulos el discurso conocido como su pronunciamiento sobre los fariseos. El punto de partida (vv. 2-4) es que los escribas y fariseos se sientan en la cátedra de Moisés: afirman basarse en las Escrituras, pero no las practican, porque en realidad no las comprenden ni las conocen. Más aún, añaden a las Escrituras cargas pesadas e imponen sobre los hombros de otros lo que ellos mismos no mueven ni con un dedo.

Los versículos 5-7 exponen la motivación de fondo: el amor a la admiración y a la primacía. Estos maestros ensanchan sus filacterias, extienden los flecos de sus mantos, buscan los primeros asientos en las sinagogas y las saluciones en las plazas, y desean ser llamados rabí. El título implica autoridad: si eres el rabí, todos deben obedecerte. Esta era, en

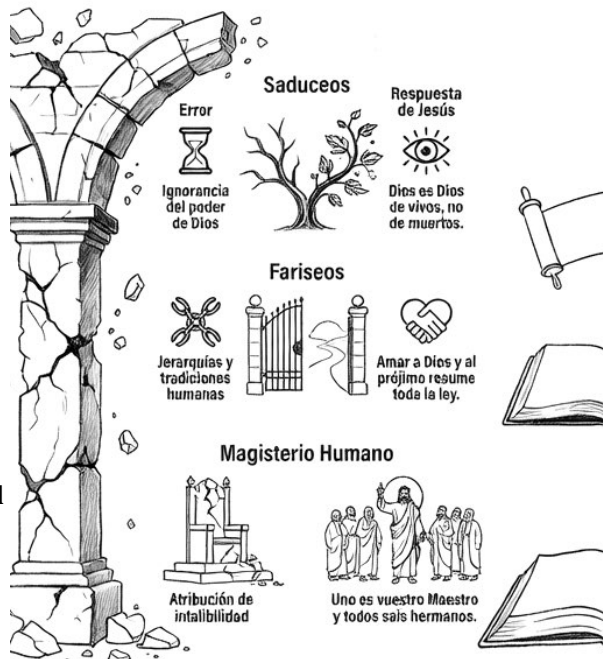
¿Quién Tiene la Autoridad? La Biblia frente al Magisterio Humano

realidad, la raíz de su gran controversia con Jesús: él no se sometía a sus interpretaciones ni reconocía su tradición como superior a la ley de Dios. Jesús no consideraba el magisterio de los maestros judíos como inspirado, infalible ni canónico, porque su tradición violaba la ley de Dios y demostraba ignorancia de las Escrituras.

El magisterio como única autoridad interpretativa: Mateo 23:8-12

En este punto resulta pertinente considerar lo que establece el Catecismo de la Iglesia Católica, en su número 85: "El oficio de interpretar auténticamente la palabra de Dios oral o escrita ha sido encomendado solo al magisterio vivo de la Iglesia, el cual lo ejerce en nombre de Jesucristo; es decir, a los obispos que están en comunión con el sucesor de Pedro, el obispo de Roma." Según esta doctrina, el fiel que no sea obispo en comunión con el Papa únicamente puede aceptar lo que diga el magisterio; cualquier intento de interpretar las Escrituras por cuenta propia constituiría, en coherencia con esa doctrina, un acto de rebeldía.

Es precisamente este principio el que Jesús condena en Mateo 23:8-12. La semana anterior ya había mostrado que la tradición nunca puede estar por encima de la ley de Dios; ahora muestra que los maestros de Israel tampoco están por encima de las Escrituras, porque nadie lo está. El texto es explícito: "Vosotros no queráis ser llamados rabí, porque uno es vuestro maestro, el Cristo, y todos sois hermanos" (v. 8).



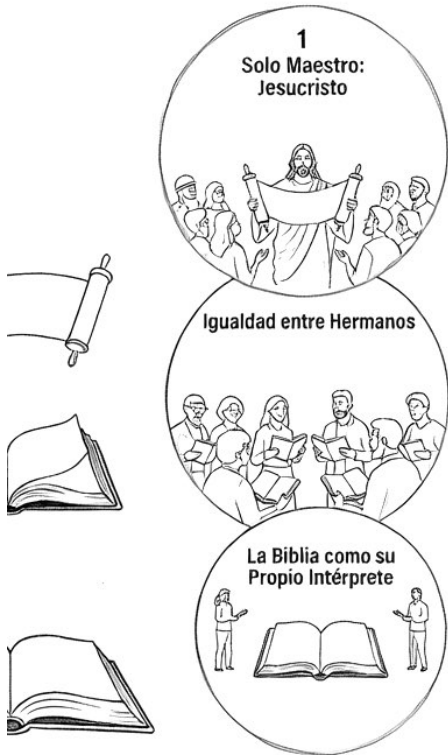
Jesús no condena en este pasaje la existencia de predicadores y maestros — el libro de Efesios y la primera carta a los Corintios reconocen el don de la enseñanza como un don del Espíritu—, sino la pretensión de ser el maestro. Hay una diferencia esencial entre ser maestro y ser el maestro. Cristo es el único maestro cuya palabra es inspirada, infalible y canónica: regla de fe, porque procede directamente de Dios, no se equivoca en lo que enseña, y lo que dice es mandato. Ningún otro maestro puede reclamar esas características. Cuando el magisterio —católico, protestante o adventista— pretende que su enseñanza está al mismo nivel que las Escrituras, o que es el único autorizado para

interpretarlas, está ocupando el lugar de Cristo.

"Todos sois hermanos" significa, en este contexto, que todos pueden comprender las Escrituras y todos pueden enseñarlas. Del mismo modo, el versículo 9 —"A nadie llaméis padre en la tierra, porque uno es vuestro Padre, el que está en los cielos"— no niega la paternidad terrenal (el mismo Pablo dice a los corintios "yo os engendré por el evangelio"), sino que prohíbe atribuir a cualquier ser humano la obediencia incondicional que solo corresponde a Dios. El principio que Pedro y Juan formularon ante el concilio lo precisa: "Necesario es obedecer a Dios

antes que a los hombres." Jesús repite la advertencia en el versículo 10: "Ni seáis llamados maestros, porque uno es vuestro maestro, el Cristo." Quien se enaltezca reclamando una autoridad magisterial superior a la de los demás hermanos estará usurpando a Cristo. Eso es lo que significa ser anticristo: usurpar el lugar de Cristo. Jesús anticipa aquí lo que Pablo desarrollará en Segunda de Tesalonicenses: vendrían quienes se sentarían en el templo de Dios como si fuesen Dios, llamándose padre, llamándose rabí, colocando su magisterio al nivel o por encima de la palabra de Dios. El único que es la Palabra encarnada y cuya enseñanza es igual a la palabra de Dios es Cristo. Cualquiera que coloque su propia palabra por encima de la Escritura se convierte en un anticristo.

EL PRINCIPIO DE SOLA SCRIPTURA



Los ayes de condenación (Mateo 23:13-36)

El capítulo 23 contiene una serie de ayes —expresiones de grave condenación— dirigidos contra quienes sostienen el espíritu de los saduceos y los fariseos: la convicción de que su propia interpretación o enseñanza posee un valor equivalente o superior al de la palabra de Dios. El versículo 13 condena al magisterio que no entra ni deja entrar al reino. El versículo 14 condena al que fabrica prosélitos para el infierno. El versículo 15 condena al que profana la santidad del templo en su enseñanza. Los versículos 23-24 condenan al que antepone el dinero y los detalles rituales a lo más importante de la ley: la justicia, la misericordia y la fe. Los versículos 25-28 condenan al que busca la justificación externa sin la interna: esos maestros limpiaban el exterior del vaso mientras el interior estaba sucio, y eran como sepulcros blanqueados —limpios y

ordenados por fuera, llenos de podredumbre por dentro—, mostrándose justos ante los hombres mientras estaban llenos de hipocresía e iniquidad.

Finalmente, hay un ay para el magisterio que venera a los profetas del pasado pero menosprecia a los profetas presentes: edificaban los sepulcros de los profetas antiguos y adornaban sus monumentos, pero no hacían caso a quienes Dios les enviaba en el presente.

Por todos estos ayes, Jesús declara que esa generación llenaba la medida de su culpa (v. 32). Sus palabras culminan con el lamento sobre Jerusalén (vv. 37-39) y anuncian que su casa será dejada desierta. En el capítulo 24, Jesús profetiza el momento en que esto se cumpliría: la destrucción de Jerusalén por la abominación desoladora.

Conclusión: sola Scriptura

Dado que la abominación y el sitio de Jerusalén se repiten proféticamente, todo lo anterior apunta también al tiempo presente. Las iglesias católicas, el

protestantismo apóstata y el adventismo apóstata comparten, en diversa medida, el mismo principio condenado: elevar a sus pastores, maestros y predicadores a la condición de infalibles, equiparando o superponiendo su enseñanza a la palabra de Dios, y reservando para ellos solos la autoridad de interpretar las Escrituras. Quienes adoptan esa doctrina se colocan bajo la misma condenación, tal como en la caída de Jerusalén no perecieron únicamente los fariseos y saduceos, sino también el pueblo que se había sometido a la doctrina de un magisterio infalible, inspirado y canónico.

La pregunta que cierra esta reflexión sintetiza todo el contenido: ¿a quién elegimos, a nuestros maestros o a la sola Escritura? ¿A los escribas y fariseos modernos o a Cristo como maestro por su Espíritu?

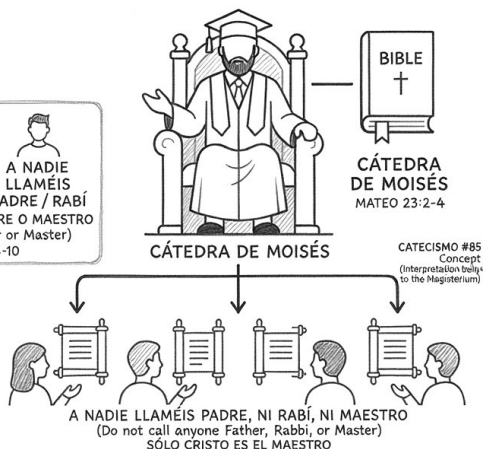
La respuesta, de acuerdo con todo lo estudiado, es clara: a la sola Escritura.

¿QUIÉN DEBE INTERPRETAR LA BIBLIA?

SOLO SCRIPTURA



MAGISTERIO HUMANO



CRISTO EN NUESTRA CARNE

La Verdad que define nuestra victoria en Él

Por el anciano Freddy F. Bastidas
4 de marzo de 2026

“Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros...” (Juan 1:14)

A lo largo de la historia cristiana, uno de los temas más debatidos ha sido la naturaleza humana de Cristo. Algunos afirman que Jesús nació exactamente como cualquier otro hombre en este mundo. Otros, en reacción a esto, sostienen que su humanidad fue tan distinta que prácticamente no tuvo ninguna conexión real con nuestra condición caída.

Ambos extremos producen consecuencias teológicas profundas. Si Cristo nació como cualquier hombre no regenerado, entonces Él mismo habría necesitado

salvación. Pero si su humanidad fue completamente desconectada de la nuestra, entonces su victoria no tendría relevancia práctica para nosotros ni podría ser realmente representativa.

La Escritura presenta una verdad más elevada, más equilibrada y más gloriosa: el Verbo fue hecho carne (Juan 1:14), participó de carne y sangre igual que sus hermanos (Hebreos 2:14), fue tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado (Hebreos 4:15).

El Testimonio de Hebreos: Verdadero Dios y Verdadero Hombre

El libro de Hebreos establece un contraste intencional entre los capítulos 1 y 2.

La Encarnación Bíblica de Cristo



Cristo: Verdadero Dios + Verdadero Hombre

En Hebreos 1, Cristo es presentado como el Hijo unigénito de Dios, la imagen misma de Su sustancia (Hebreos 1:3), superior a los ángeles (Hebreos 1:4–8). Su Divinidad no es simbólica; es real, literal, eterna. Él es el resplandor de Su gloria y la expresión exacta de Su Ser.

En Hebreos 2:9, se declara que fue hecho “un poco menor que los ángeles” para sufrir la muerte por todos. Y más adelante afirma que “participó de lo mismo” (Hebreos 2:14), es decir, de carne y sangre. Así como Su Divinidad es real, Su humanidad también lo fue.

Pero el mismo capítulo aclara algo crucial:

“Porque el que santifica y los que son santificados, de uno son todos; por lo cual no se avergüenza de llamarlos hermanos” (Hebreos 2:11)

Aquí surgen preguntas decisivas:

- ¿Quiénes son esos “hermanos”?
- ¿A Quiénes Llama Cristo Sus Hermanos?
- ¿De quiénes no se avergüenza?

La Escritura no deja el término en ambigüedad.

Lucas 8:21 — “Mi madre y mis hermanos son los que oyen la palabra de Dios y la hacen.”

Juan 17:9 — “Ruego por ellos; no ruego por el mundo, sino por los que me diste.”

Hebreos 2:11 — Los hermanos son “los que son santificados”.

Cristo no identifica como hermanos a toda la humanidad en estado natural, sino a aquellos que están en relación de santificación; a los regenerados; a los que oyen y obedecen la Palabra; a aquellos que han nacido “no de sangre, ni de voluntad de carne, ni de voluntad de varón, sino de Dios” (Juan 1:13).

Por tanto, cuando Hebreos afirma que fue hecho semejante a Sus hermanos (Hebreos 2:17), el contexto define claramente quiénes son esos hermanos.

La Santificación Desde el Nacimiento

Aquí se encuentra uno de los puntos más delicados y determinantes.

Jesús no nació como un hombre que posteriormente necesitara regeneración espiritual. La Escritura muestra una realidad distinta.

Juan 10:36 — El Padre lo santificó y lo envió al mundo.

Lucas 1:35 — “El Santo Ser que nacerá, será llamado Hijo de Dios.”

Desde Su concepción, Su humanidad estuvo unida al Espíritu Santo de Dios, su propio Santo Espíritu (Romanos 8:8-10). El ángel declara que lo que en María fue engendrado era del Espíritu Santo (Mateo 1:20). No fue simplemente carne; fue carne habitada por el Espíritu desde el principio.

Esto no significa que no asumiera nuestra carne real.

Cristo y Sus Hermanos



Romanos 8:3 declara que Dios envió a Su Hijo en semejanza de carne de pecado.

Filipenses 2:7 dice que tomó forma de siervo, hecho semejante a los hombres.

Pero esa semejanza no implicó corrupción moral ni separación del Padre.

Su nacimiento fue un milagro sobrenatural, no meramente un

proceso humano ordinario. Fue verdaderamente hombre, pero el Santo Ser.

La Simiente de Abraham: Promesa, No Solo Carne

Hebreos 2:16 declara que tomó la simiente de Abraham.

Pero Pablo aclara en Romanos 9:6–8 que no todos los descendientes físicos son la verdadera simiente, sino los hijos de la promesa.

Isaac no nació simplemente por voluntad humana; nació por intervención Divina (Gálatas 4:23). Así también Cristo.

Su humanidad fue real.
Su nacimiento fue milagroso.
Su unión con el Espíritu fue ininterrumpida.

Él es la Simiente prometida (Gálatas 3:16), no simplemente un descendiente más según la carne.

La Analogía del Salvador y la Conexión Viva

La humanidad, desde Adán, quedó separada de Dios (Isaías 59:2). La mente carnal es enemistad contra Dios (Romanos 8:7). Si Cristo hubiese venido simplemente como un hombre desconectado espiritualmente, habría sido solo un ejemplo externo.

Pero Él vino con una unión constante con el Padre a través de un mismo espíritu: *“El Padre que mora en mí, Él hace las obras”* (Juan 14:10)
“No puede el Hijo hacer nada por Sí mismo” (Juan 5:19)

No vino a enseñarnos cómo salvarnos solos.
Vino a ser Él mismo nuestra salvación (Isaías 12:2)

Si Él hubiese necesitado regeneración, no podría regenerarnos.
Si Él hubiese nacido separado del Espíritu, no podría impartir el Espíritu (Juan 20:22).

El Peligro de los Dos Extremos

Cuando se afirma que Cristo nació exactamente como cualquier hombre no regenerado, se corre el riesgo de reducir Su encarnación a un simple proceso humano común negando el milagroso regalo de su vida.

Cuando se afirma que Su humanidad fue totalmente distinta de la nuestra, se pierde la realidad de que verdaderamente participó de nuestra carne.

Pero la Escritura mantiene el equilibrio:

Verdadera carne (Hebreos 2:14).
Verdadera tentación (Hebreos 4:15).
Verdadera unión con el Espíritu desde el nacimiento (Lucas 1:35).

Negar que Jesucristo ha venido en carne es espíritu del anticristo (1 Juan 4:2–3). Pero también lo es distorsionar la realidad de Su encarnación.

La Aplicación: Más que Imitación, Participación

Si Cristo hubiese vencido únicamente con recursos humanos naturales, la vida cristiana sería un esfuerzo constante por copiar un modelo inalcanzable.

Pero la Escritura enseña algo más profundo:

Juan 3:6-7 — Es necesario nacer de nuevo.

2 Pedro 1:4 — Participantes de la naturaleza divina.

Colosenses 1:27 — “Cristo en vosotros, la esperanza de gloria.”

Gálatas 2:20 — “Ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí.”

La misma conexión con el Espíritu que estuvo en Cristo desde Su nacimiento es la que Él ofrece al creyente en el nuevo nacimiento. Lo que en Él fue por concepción sobrenatural, en nosotros es por regeneración espiritual.

Equilibrio Cristológico



No es religión de imitación.

Es vida impartida.

No es copiar a Cristo.

Es recibir a Cristo.

No es esfuerzo independiente.

Es dependencia viva: "Porque separados de mí nada podéis hacer" (Juan 15:5).

Conclusión

Cristo se hizo en todo semejante a Sus hermanos —los santificados— participando realmente de nuestra carne, pero unido perfectamente al Espíritu por herencia de su padre desde Su concepción.

No nació como un hombre necesitado de regeneración. No vivió como un simple ejemplo externo. No venció para mostrarnos cómo salvarnos solos.

Vino como el Hijo de Dios hecho carne, para que nosotros, al recibirlo por la fe, podamos participar de Su vida, Su Espíritu y Su victoria.

En esta verdad descansa la esperanza del creyente. En esta verdad se define la experiencia cristiana. Y en esta verdad se preserva la gloria completa de Cristo.

Esta enseñanza no es solo una afirmación doctrinal correcta; es una realidad que debe manifestarse en la vida. La Escritura declara: "Cristo en vosotros, la esperanza de gloria" (Colosenses 1:27). Si Él vive en nosotros, esa vida produce fruto, dirección y transformación conforme a Su Espíritu (Romanos 8:14).

Por ello, cada creyente está llamado a examinar con sobriedad su propia experiencia (2 Corintios 13:5). No para apoyarse en méritos humanos, sino para confirmar que su esperanza descansa verdaderamente en la obra y en la presencia viva del Hijo de Dios en nuestros corazones.

Allí se afirma nuestra identidad como hijos de Dios: no por capacidad propia, sino por Su vida operando en nosotros.

F. F. B.

LA EXPIACIÓN BÍBLICA POR TIERRA

De la Apostasía Alfa a la Omega (parte 2)

Recapitulación: la expiación en el Antiguo y el Nuevo Testamento

La expiación, cuya definición bíblica es quitar el pecado —que entró al mundo por causa de un hombre—, consta de dos partes: la muerte de la víctima como pago del pecado y la presentación y aceptación de ese pago ante el ofendido. Este sistema fue ejemplificado en las ofrendas de Abel y Abraham, y luego en el sistema instituido por Moisés. En dicho sistema, el ofensor traía la víctima al atrio del templo, transfería su pecado sobre ella, la inmolaba y entregaba la sangre al sacerdote, obteniendo así la expiación individual. A su vez, el sacerdote llevaba el pecado por medio de la sangre al santuario cada día y, una vez al año, con sangre inocente limpiaba el santuario de los pecados acumulados, colocándolos sobre el macho cabrío para que los llevara al desierto.

En el Nuevo Testamento, el

cumplimiento de ese simbolismo se concreta en Cristo: el verdadero cordero que, según Daniel 9:24, vendría en la semana setenta a solucionar el problema del pecado. Juan 1:29 lo proclama como el cordero de Dios que quita el pecado del mundo. Como tal, Jesús experimentó la agonía de Getsemaní y murió en la cruz, pagando con ello el pecado. Tras su resurrección, ascendió como sacerdote al cielo, llevó su sangre —que porta los pecados— y la presentó ante el Padre en el santuario celestial, logrando así la expiación individual. La expiación real o definitiva del santuario, profetizada en Daniel 8:14 al concluir las 2.300 tardes y mañanas, comenzó el 22 de octubre de 1844 y continúa en curso.



La expiación echada por tierra: el cuerno pequeño y sus mecanismos

La profecía de Daniel 8:11 señala que el cuerno pequeño echaría por tierra el santuario, el sacerdote y la expiación. Esto se cumplió con el papado a partir del año 508 d.C., cuando se estableció como sumo sacerdote, declaró que los santuarios son las catedrales y afirmó que la expiación ocurre en la misa y no en el cielo.

La ofrenda también fue dañada mediante la doctrina de la Inmaculada Concepción de María. La Biblia es clara al respecto: María era pecadora, como ella misma lo afirma al llamar a Dios su Salvador; el Salmo 51 confirma que todo ser humano es concebido en pecado. Al sostener que Jesús no recibió el pecado de María, se convierte a Cristo en una ofrenda sobre la que no se imponen las manos. Asimismo, al negar que quien murió fue el Hijo de Dios, se presenta una ofrenda meramente humana. El santuario fue dañado al identificarlo con las catedrales; el sacerdocio, al instar a los fieles a confesarse y pedir perdón a los sacerdotes humanos, sustrayendo así de Cristo la confesión y el perdón que solo a él corresponden; y la dignidad del sumo sacerdocio, al atribuir al obispo de Roma el título de sumo pontífice, que le pertenece únicamente a Cristo.

Este concepto echado por tierra fue heredado por los

protestantes que salieron de la Iglesia Católica. Fue posteriormente restaurado por los adventistas: los pioneros comprendieron la verdadera expiación. Hiram Edson tuvo una visión que lo llevó a las Escrituras, pues comprendió que lo ocurrido en el chasco era que Jesús había pasado al lugar santísimo; su investigación bíblica junto con Crosier condujo a una conclusión clara sobre lo que enseñaban las Escrituras. Elena de White también recibió una visión en la que vio el lugar santísimo y el arca del pacto, según consta en Primeros Escritos. A partir de 1848, los adventistas vieron dentro del lugar santísimo, contemplaron el arca del pacto con la ley que contiene y reconocieron el cuarto mandamiento, tal como lo indica Apocalipsis 11:19. Desde el cielo fue enviado un mensaje de sellamiento —Apocalipsis 7— que ordena sellar la ley entre los discípulos (Apocalipsis 14:1; Isaías 8:16).



Conviene precisar que todo lo que el papado pretendió hacer en este ámbito fue, en última instancia, un pensamiento: nadie puede quitarle el sacerdocio a Jesucristo, nadie puede cambiar la ley que está en el cielo (Daniel 7), nadie puede echar por tierra el santuario celestial. Cuando el catolicismo cambió la observancia del sábado al domingo, pensó en cambiar la ley; cuando los sacerdotes se presentan a sí mismos como ministros del perdón, piensan en suplantar el sacerdocio de Cristo; cuando construyen catedrales como lugar exclusivo de adoración, piensan en echar el santuario por tierra. Pero todo ello permanece en el ámbito del pensamiento, porque la realidad celestial no puede ser alterada.

Los principios fundamentales de 1874 y el mensaje de 1888

En 1874, los principios fundamentales adventistas establecieron explícitamente que la expiación es una obra que se consumaría en el santuario y no en la cruz. En 1888, Dios envió a Wagner y Jones para profundizar en la comprensión de Cristo como ofrenda, incluyendo el pecado recibido por herencia y por imputación, y para reafirmar su divinidad, con lo cual quedaron fortalecidos tanto la ofrenda como el sacrificio: su muerte real, completa y total. Este conjunto de verdades se conoce

como la fe de Jesús, que forma parte del mensaje del tercer ángel.

La fe de Jesús consiste en Cristo convertido en el ser que lleva nuestros pecados para ser el Salvador que perdona el pecado —ofrenda y sacerdocio a la vez—; él fue tratado como nosotros merecemos ser tratados: vino a nuestro mundo, llevó nuestros pecados para que nosotros pudiéramos llevar su justicia. Y es también la fe en la capacidad de Cristo para salvarnos de forma amplia, completa y total.

La apostasía alfa: la carne santificada y el panteísmo de Kellogg

En 1900 surgió el movimiento de la carne santificada, inicio de la apostasía alfa que comenzó a echar por tierra la verdadera expiación. Su argumento teológico, documentado en el libro Mensajera del Señor, sostenía que Cristo tomó la naturaleza de Adán antes de la caída, es decir, la humanidad tal como era en el jardín del Edén: santa.



De allí derivaban que había llegado el tiempo en que los creyentes debían alcanzar esa misma carne santa, lo cual les otorgaría la fe para la traslación y les permitiría no morir jamás. Este movimiento afectó el concepto de la naturaleza de Cristo, de la ofrenda de la expiación y de la santificación misma.

Sus promotores sostenían que en la experiencia de Getsemaní Jesús obtuvo una carne idéntica a la de Adán antes de la caída: perfecta y sin la ley del pecado en sus miembros. Siendo Cristo el ejemplo en todo, los creyentes del tiempo del fin también podían y debían alcanzar esa misma carne santificada antes de la segunda venida. El resultado práctico fue que quienes creían haber alcanzado esa carne santa consideraban que todo lo que sentían en la carne era bueno y no pecado, abriendo así la puerta a que las pasiones del corazón y de la carne fueran consideradas algo lícito.

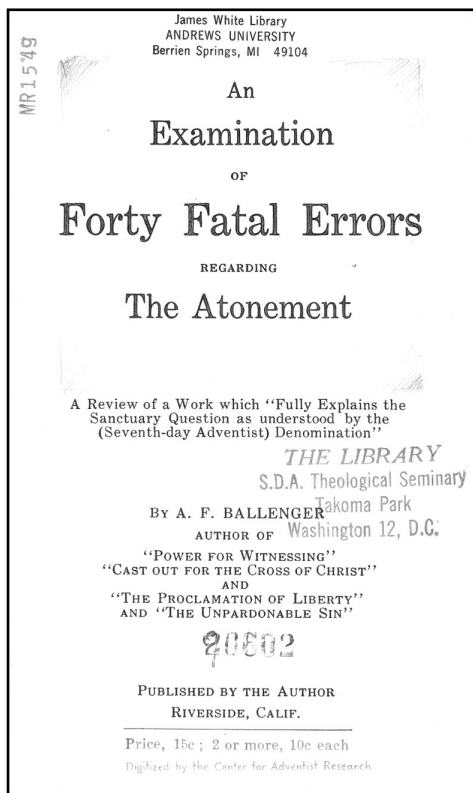
Poco después surgió el panteísmo de Kellogg —Dios mora en todo—, que eliminaba la necesidad de un santuario: si Dios está en todas partes, no existe un lugar específico donde él habite. Esta doctrina daña simultáneamente el santuario, el sacerdote y la ofrenda; según ella, Dios nunca se separó del hombre y habita en su interior, lo que hace innecesaria toda la economía expiatoria.

Ballenger en 1905: el santuario echado por tierra desde adentro

En el Congreso de la Asociación General de 1905, en Washington, Ballenger presentó tres estudios de una hora sobre su nueva luz en cuanto a la doctrina del

santuario. Su argumento principal era que Jesús, al ascender al cielo, entró directamente en el segundo departamento —el lugar santísimo—, habiendo actuado antes de la cruz en el primer departamento, el lugar santo. Ballenger no convenció a los miembros del comité, quienes respondieron con una exégesis bíblica elaborada durante décadas y confirmada por la revelación a Elena de White, aunque la respuesta parecía haber conducido a un punto muerto.

El pastor Farnsworth evaluó los puntos de vista de Ballenger en los siguientes términos: este había llegado a la conclusión de que la expiación se hizo cuando Cristo fue crucificado y que, al ascender, entró inmediatamente al



lugar santísimo, desde donde ha ejercido su ministerio desde entonces. Ballenger colocaba el lugar santo en la tierra, echando por tierra el santuario. Tomaba textos como Hebreos 6:19 y los comparaba con veinticinco o treinta expresiones similares del Antiguo Testamento, pretendiendo que en cada caso la expresión dentro del velo significa dentro del lugar santísimo. Sin embargo, el propio Farnsworth señalaba que Ballenger reconocía que su punto de vista era incapaz de armonizar con los testimonios y que, según su propio modo de pensar, existía una diferencia irreconciliable.

Lo que Ballenger hacía era tomar un texto y colocarlo en un contexto que no le correspondía, que es precisamente el método de todas las falsas doctrinas. El mismo contexto de Hebreos 9 y Hebreos 6 indica que entrar al velo equivale a entrar al lugar santo, conclusión que el propio Ballenger descubrió, eligiendo no obstante los otros textos. Este proceso —tomar un texto y reubicarlo en un contexto ajeno— explica también doctrinas como la que sostiene que María fue dada como madre de todos los discípulos a partir de las palabras de Jesús a Juan: en ese pasaje, el contexto es exclusivamente el encargo personal de cuidar a su madre, sin implicar ninguna otra doctrina sobre el conjunto de la cristiandad.

La evaluación de Farnsworth concluía que los planteamientos de Ballenger cuestionaban la autenticidad de los testimonios, derribaban el punto de vista adventista sobre el santuario y su obra, comprometían la comprensión de los dos pactos y arrastraban consigo otras implicaciones que él mismo era incapaz de calcular. Estas teorías falsas sobre el santuario surgieron, pues,

desde temprano: la carne santificada, el panteísmo y la entrada inmediata al lugar santísimo al ascender al cielo son al menos tres doctrinas que siguen vigentes entre quienes abrazan esta confusión. La razón es que no estudian la Biblia por sí mismos, sino que escuchan a otra persona y lo creen sin orar a Dios, sin ejercer la fe en que Dios mismo puede explicarles. La Escritura dice: el que tiene falta de sabiduría, que la pida a Dios; no al cura, no al pastor, sino a Dios.

La apostasía Omega: de LeRoy Froom al libro Preguntas sobre Doctrina

Elena de White advirtió que el enemigo presentaría falsas doctrinas, tales como la doctrina de que no existe un santuario, y que algunos se apartarían de la fe. Exhortaba a buscar seguridad en las verdades que el Señor había estado dando durante los últimos cincuenta años, expresión que, en su contexto de 1905, apuntaba directamente a las apostasías de Kellogg y Ballenger.

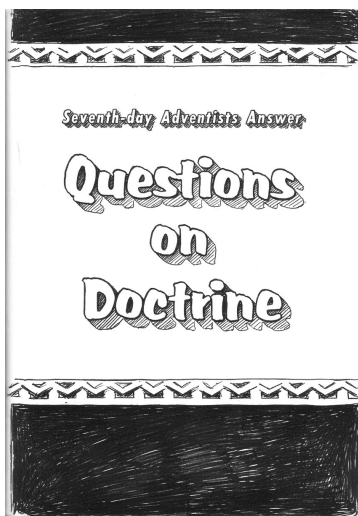
Muertos los últimos pioneros en 1924, comenzó a introducirse una nueva doctrina de la mano de LeRoy Froom, uno de los cabecillas de la apostasía Omega. En su libro *Movimiento del Destino*, página 465, Froom escribe que el tiempo y las circunstancias habían obrado su labor: la iglesia habría alcanzado unidad de criterio respecto a la plena y eterna deidad de Cristo —en referencia a la Trinidad—, formulada inicialmente en la declaración de creencias fundamentales de 1931. Señala asimismo que el acto del sacrificio expiatorio consumado en la cruz, en su relación con el ministerio sacerdotal de Cristo, quedó igualmente

expuesto en el certificado bautismal de 1941. Con ello, ambas doctrinas —la Trinidad y la expiación completada en la cruz— quedaron establecidas permanentemente en el Manual de la Iglesia de 1941.

Froom añade que la eliminación del último vestigio del arrianismo en la literatura oficial se logró mediante supresiones realizadas en la obra clásica Daniel y el Apocalipsis en 1944, y que la idea errónea acerca de la naturaleza pecaminosa de Cristo fue corregida al eliminarse una nota incluida en la edición revisada de Hechos de los Apóstoles en 1949. Para esa fecha, quedaban entre comillas corregidas todas las doctrinas que impedían la unión ecuménica con los protestantes y con los católicos.

Con esa labor previa allanada, se produjo en 1957 el célebre libro Preguntas sobre Doctrina —Questions on Doctrine en inglés—, que dedicó un capítulo entero a un concepto más amplio de la expiación. La pregunta 29 de los evangélicos inquiría si era cierto que los adventistas enseñaban que la expiación no se completó en la cruz; la pregunta 30 preguntaba si los adventistas minimizaban el sacrificio expiatorio de la cruz reduciéndolo a una expiación incompleta o parcial que debía ser completada por el ministerio sacerdotal de Cristo —lo que denominaban expiación dual—, y si Elena de White afirmaba que Cristo hace expiación por nosotros en el santuario celestial.

Las respuestas del libro constituyeron un malabarismo para conciliar con los evangélicos. Ante la pregunta 30, los redactores declaraban explícitamente que los adventistas no creen que Cristo efectuase tan solo una expiación sacrificial parcial o incompleta en la cruz. El problema es que con ello confundían deliberadamente los términos: en la cruz hubo el sacrificio de Cristo, no la expiación. La expiación la realiza el sacerdote en el santuario; en la cruz no había sacerdote ni santuario. El santuario está en el cielo y Cristo asumió el sacerdocio al entrar al cielo. Por tanto, la expiación se efectúa después de la cruz: en el lugar santo se hace la expiación individual de cada creyente, y la expiación final definitiva del santuario y de todo el pueblo comenzó el 22 de octubre de 1844 en el lugar santísimo, conforme a la profecía de Daniel.



El propio Froom sintetizaba la posición resultante afirmando que los adventistas colocan su única esperanza en Jesucristo, quien tomó la naturaleza humana por nacimiento virginal, vivió sin pecado, fue crucificado, derramó su sangre en nuestro lugar, murió una muerte vicaria y expiatoria, resucitó al tercer día y ascendió al cielo, donde como sumo sacerdote ministra la expiación que realizó en la cruz. Esta formulación revela la confusión: en ella se habla de una muerte expiatoria en la cruz y de un ministerio celestial que aplica lo realizado en ella, negando así que Cristo esté expiando actualmente en el

santuario y reduciendo su ministerio sacerdotal a una mera aplicación. La apostasía Omega abarca, pues, varias doctrinas cambiadas y una organización reestructurada, y no se limita a una sola doctrina.

La sola Escritura como criterio de verdad y de santificación

Jesús oró: Santificalos en tu verdad. Y definió dónde está la verdad: tu palabra es la verdad. No dijo que la tradición es la verdad, ni el magisterio, ni la asociación general, ni el manual de la iglesia. Solo su palabra. Por tanto, cuando la tradición contradice un mandamiento, esa tradición queda anulada: la palabra de Dios está por encima de cualquier tradición y de cualquier magisterio. El guardar el domingo es tradición; el mandamiento habla del sábado. Ningún obispo, pastor ni concilio puede colocarse por encima de la palabra.

La verdad es lo único que santifica. Abrazar la palabra de Dios y vivirla es la única vía; rechazarla —aunque se practiquen mil actos de devoción— equivale a ser enemigo de Dios. Argumentos como la antigüedad de una iglesia no son pertinentes: los judíos son más antiguos que la Iglesia Católica y, sin embargo, apostataron de Cristo; del mismo modo que la Iglesia Católica apostató, y por eso surgió la Reforma. La prueba de escrito está es la misma con la que Jesús respondió las tentaciones del enemigo, y es la que debe aplicarse a toda doctrina presentada por falsos maestros que, como los fariseos y saduceos de antaño, apelan a la autoridad del hombre y no a la de Dios.

Un ejemplo concreto: la expresión “la Virgen María” no aparece en los Hechos

de los Apóstoles, ni en las cartas de Pablo, Pedro, Judas, ni en el Apocalipsis. La Biblia la llama María, la madre de Jesús. Todo lo que se añade a eso es tradición humana, falsificación del evangelio. Anteponer la palabra de cualquier obispo a la palabra de Dios es idolatría; en términos bíblicos, equivale a adorar a la bestia, porque significa considerar que ese poder tiene una autoridad superior a la de Dios.

Conclusión: restaurar las grandes verdades del santuario

La doctrina de la expiación fue echada por tierra por el cuerno pequeño, heredada en esa condición por el protestantismo apóstata y vuelta a echar por tierra por el adventismo apóstata. No por el verdadero protestantismo ni por el verdadero adventismo, sino por sus versiones apóstatas, entre las que se cuenta el catolicismo romano y ortodoxo como cristianismo apóstata. Frente a ello, es necesario restaurar estas grandes verdades: el mensaje del santuario —el único santuario es el que está en el cielo—, el sacerdocio —el único sacerdote y sumo sacerdote es Cristo Jesús— y la ofrenda —la única ofrenda que paga el pecado es Cristo; no es necesaria ninguna otra, y el sacrificio de la misa no es una ofrenda aceptable ante Dios; la justificación por obras, rosarios, penitencias o pagos tampoco lo es—. La única expiación, la única limpieza, se está haciendo ahora mismo en el santuario celestial. Para comprender dónde está el error y conocer la verdad que santifica, es indispensable estudiar toda la apostasía y afirmarse en la totalidad de las verdades que Dios ha dado, no en una sola doctrina aislada.



AntorchaProfetica.site

LA VERDAD PRESENTE

ESTUDIOS BÍBLICOS



¡NUEVO LIBRO!
*Los Estudios Bíblicos de los
Pioneros...*

Ahora en Español

Solicítalo GRATUITAMENTE
al +34.650.86.38.11

